

Ante este respetable consejo se presentó Colón con ánimo tranquilo para exponer y defender su sistema.

No solamente el vulgo y las personas ignorantes de más elevada categoría le habían calificado de visionario, de loco.

Al aparecer ante el consejo estaba seguro de ser oído sin pasión por aquellos hombres ilustrados, y como había sufrido tanto, y tenía derecho á esperar el premio, estaba seguro de obtener el triunfo.

La mayor parte de sus examinadores, y sobre todo el presidente del consejo, tenían cierta prevención contra él.

Esto era natural.

Los que ocupan altas posiciones, los que se hallan en el apogeo, miran con superioridad á los que acuden á suplicarles.

En su mayor parte los miembros del consejo, lejos de admirarle, se preparaban á considerarle como á un hombre acusado de impostor, cuya impostura era necesario descubrir para condenarle.

Sin embargo, Colón se hallaba en circunstancias favorables para ser bien acogido por aquel jurado.

Oscuro marino, sin estar afiliado á ninguna institución científica, aparecía sin prestigio, pero sin inspirar envidia; su genio podía llegar á dominar á los jueces.

No faltaba sobre ellos quien le considerase como un aventurero que aspiraba por cualquier medio á ganarse la vida.

En Salamanca, y no solo en aquella ciudad, sino en todas las demás de la monarquía donde se tenía noticia de la próxima celebración del consejo, preocupaba grandemente el resultado de él.

Al fin llegó el momento decisivo.

Los jueces, tan solemnemente congregados, se reunieron en la sala capitular del antiguo convento de San Estéban.

¡Grandioso cuadro era el que presentaba aquel simple marino defendiendo sus teorías con elocuencia y ofreciendo un nuevo mundo en una imponente reunión de profesores, frailes y dignatarios de la Iglesia!

Apenas comenzó á hablar Colón, pudo notarse desde luego quiénes eran los que antes de escucharle estaban resueltos á condenar sus teorías y los que con buena fé deseaban oírle para juzgarle.

Entre estos últimos, figuraban los dominicos de San Estéban, más versados que los demás asistentes en la ciencia geográfica.

Al ménos oyeron á Colón con recogimiento é interés.

Los otros se habían hecho este argumento:

—Cuando tan profundos filósofos y cosmógrafos han estudiado la forma de la tierra sin descubrir lo que este pobre hombre presume haber descu-

bierto; cuando tantos y tan hábiles navegadores han explorado los mares desde hace tantos siglos, y no han presumido siquiera lo que él presume, ó es una superchería, ó un delirio en este pobre diablo suponer que la Providencia le ha escogido para llevar á cabo tan gran descubrimiento.

Partiendo de este principio, le escuchaban con indiferencia.

No todos los detalles de aquella solemne sesión ha conservado la historia en sus páginas de oro.

Los que han llegado hasta nosotros prueban hasta qué punto se desarrolló la mala fé contra Colon, ó más aún las escasas luces que tenían gran parte de sus jueces.

La universidad de Salamanca, célebre ya, echó sobre sí un borron, que en vano ha tratado de ocultar al espíritu moderno.

Cierto fanatismo que existía por entonces, era el mayor obstáculo que hallaba el progreso de la ciencia.

Las luces de la antigüedad habían desaparecido.

La fé, acaso exagerada, había ocupado el puesto del exámen.

Extraviada en un dédalo de controversia religiosa, la humanidad había retrocedido.

Por lo tanto, en lo más intrincado de la discusión, en vez de ser combatido el noble geno-

vés en el terreno de la geografía, se vió abrumado por citas de la Biblia y del Nuevo Testamento.

El libro del *Génesis*, los *Salmos de David*, *El libro de los Profetas*, *Las Epístolas*, *Los Evangelios*, fueron el arsenal de argumentos para sus adversarios.

Y no solamente se invocó el *Antiguo Testamento*, sino á sus venerables comentadores, San Crisóstomo y San Agustín, San Jerónimo y San Gregorio, San Basilio y San Ambrosio, y hasta el llamado campeón de la fé, el célebre Lactancio, fueron invocados para contrarrestar las opiniones de Colon, estableciéndose una confusión entre los puntos de doctrina y las comparaciones filosóficas.

Para la mayoría de los sábios reunidos en el consejo, ninguna demostración matemática tenía valor si no estaba de acuerdo con algun texto de la Escritura ó algun comentario de los Padres de la Iglesia.

Así pues, cuando llegó el momento de hablar de los antípodas, de la posibilidad de su existencia en el hemisferio meridional, opinión tan generalmente adoptada por los sábios de la antigüedad, y objeto de grandes discusiones entre los ignorantes y las gentes instruidas, fué, por decirlo así, uno de los caballos de batalla que sacaron á la palestra los eruditos de Salamanca.

Colon la apoyó con energía, con convicción, con datos.

Pero sus jueces le combatieron con citas de las obras de Lactancio y de San Agustin, escritores que, aunque dotados de una vasta erudicion y de luces tan admirables, que no en vano figuran en la edad de oro de la Iglesia, no por eso dejaron de mantener las ciencias en la mayor oscuridad.

Colon se vió sorprendido por un pasaje de Lactancio, indigno por lo absurdo de un teólogo tan grave como él.

«¿Hay algun loco,—preguntaba Lactancio,— capaz de creer que existen antipodas, gentes que andan con los piés arriba y la cabeza abajo? ¿Hay quien crea que existe una parte del mundo en donde todo pasa al revés que en el nuestro, en donde los árboles crecen desde la copa al tronco, no desde el tronco á la copa, en donde llueve, nieva y graniza de abajo á arriba?»

Este texto, con todas sus letras, fué uno de los argumentos que se pusieron á Colon.

Otras objeciones más serias fueron sacadas de los libros de San Agustin, el cual, como es sabido, declara la teoría de los antipodas inconciliable con los fundamentos históricos de la fé, porque en su concepto, afirmar que hay tierras habitadas en el confín del globo, es pretender que hay naciones que no descienden de Adan, y desmentir la Biblia, que dice que todos somos hijos de Adan.

Para refutar la teoría de la redondez de la

tierra, apelaron sus jueces á las Sagradas Escrituras.

Se recordó que en uno de los salmos se dice: «Que el cielo se extiende como una piel, *extendens caelum sicut pelem*,» (1) ó lo que en lo mismo, segun los comentadores, como un cortinaje, puesto que las tiendas y cabañas de los antiguos pueblos estaban cubiertas con pieles de animales.

Asimismo se invocó que San Pablo en su *Epistola á los hebreos* compara al cielo con un tabernáculo, en el que hay un cortinaje extendido sobre la tierra, razon por la cual debe ser llana.

Colon, que como nuestros lectores han tenido ocasion de ver, era religioso, creyente é incapaz de incurrir en la menor herejia, fué considerado al refutar aquellos argumentos como hereje.

Sin embargo, otros examinadores más versados en la ciencia, admitieron la redondez de la tierra como tambien la posibilidad de un hemisferio opuesto al habitado; pero reproduciendó el error de los antiguos, sostenian que no podia llegarse á él á causa del insoportable calor de la zona tórrida.

«Pero aun suponiendo que se pudiera llegar,—añadían,—la circunferencia de la tierra es tan grande, que se necesitaba lo ménos tres años para el viaje, y por consiguiente, que los que emprendieran tendrian que morir necesariamente en el camino víctimas de la sed y del hambre, puesto que era imposible llevar provisiones para tanto tiempo.

(1) Salmo 103.

Los más atrevidos, los que más avanzaban, hacían una objecion, que era seguramente la ménos absurda, esto es, que aunque un navío lograrse llegar á la extremidad de la India, no podría jamás volver, porque siendo la tierra redonda se hallaría delante de una especie de montaña que le sería imposible salvar, aunque soplaste el viento más favorable.

Estos eran en general los errores, las preocupaciones, la mezcla de ignorancia, de erudicion y de pedantismo que Colon tenia que combatir durante el curso de su exámen.

No una sesion, sino muchas, no bastaron para que pudiera hacerse cargo de todos aquellos argumentos y refutarlos.

Las esperanzas de Colon quedaron defraudadas.

Se habia figurado que en breve tiempo podría salir victorioso de aquella prueba.

Pero los disgustos que experimentaba al ver que cuando invocaba los principios de la ciencia le contaban con el fanatismo religioso, volvieron á sumirle en la desesperacion, tanto mayor entonces, cuanto que ya habia vencido las principales dificultades, cuanto que contaba con la benevolencia de los reyes y veía que otra vez iba á estrellarse la proteccion de un soberano en la ignorancia, en la envidia, ó en la mala fé de sus consejeros.

Respondiendo á sus contradictores durante el curso de los debates expresó la opinion de que los autores inspirados por las Sagradas Escrituras no habian

hablado en términos técnicos como cosmógrafos, sino por medio de figuras retóricas, en un lenguaje al alcance de todo el mundo.

Trató con respeto y veneracion las intenciones de los padres de la Iglesia, admitiendo muchas de sus teorías como *homilias* y no como proposiciones filosóficas.

En cuanto á los filósofos antiguos, los combatió con energía y habilidad, y probó que los más ilustrados de entre ellos creían que los dos hemisferios habitados, por más que se imaginaban en la zona tórrida, impedían su comunicacion.

Fundado no sólo en la teoría, sino en la práctica, refutó este error y consignó lo que era cierto; que habia llegado hasta San Jorge de la Mina en Guínea casi bajo la influencia del Ecuador, y habia visto que no sólo aquella region no era inabordable; sino que habia en ella gran número de moradores, y que producía pastos y frutos abundantes.

Como sentía verdaderamente la fé, como estaba plenamente convencido de que no sólo no eran heréticas sus teorías, sino que contribuían á poner en evidencia la grandeza de Dios, abandonando la modestia con que se presentó á sus jueces, fué poco á poco mostrándose tal cual era.

Su génio atrevido, dominador, que se creía luchando con los obstáculos, que con la verdad y su elocuencia lo avasallaba todo, y que oponía á los argumentos vulgares razones sólidas, á los escrúpulos fanáticos los resplandores del más profundo senti-

miento religioso, se creía llamado á llenar una gran misión en el mundo, y cuanto más obstáculos tenía que vencer, mayor era su energía, más contundentes sus argumentos.

Hubo un momento en el que desesperado al ver que á sus razones científicas contestaban con argumentos rebuscados en el más pueril fanatismo, arrojando lejos de sí los mapas, los planos y los globos, buscó á sus adversarios en el terreno donde le llamaban; en el terreno religioso.

Con los mismos magníficos pasajes de la Sagrada Escritura, les demostró las milagrosas predicciones de los profetas: en las que vió anunciado el sublime descubrimiento que proyectaba.

No todos sus jueces cedieron al influjo de su genio. Pero en honor de la verdad, preciso es confesar que en aquellas sesiones ganó muchos prosélitos.

Fué entre ellos su más entusiasta partidario Diego de Deza, digno y sábio dominico, profesor de teología del convento de San Estéban, y que más tarde ocupó la silla arzobispal de Sevilla, que era la segunda dignidad eclesiástica de España.

Este hombre de talento superior se interesó vivamente por Colón, le secundó con todas sus fuerzas y calmó el celo de sus hermanos hasta el punto de lograr que le escuchasen sin pasión.

Unidos los esfuerzos de este ilustre dominico y de Colón, lograron avasallar á los profesores más instruidos de cuantos se hallaban en el consejo.

A pesar de todo, hubo en la asamblea una gran

mayoría de hombres tímidos, de sábios orgullosos, que se negaban á conceder crédito á las demostraciones de un pobre extranjero, sin fortuna y sin títulos académicos.

Colón no podía destruir las preocupaciones de unos ni la mala fé de otros.

Se celebraron muchas conferencias, pero en ellas no se adelantaba nada.

Los ignorantes persistían en su opinión con una tenacidad inconcebible.

Los más intransigentes comenzaban á fatigarse con aquellas discusiones, en las que no veían solución alguna.

Muchos de los partidarios que Colón había conseguido atraer á su causa, aunque admirando su talento, consideraban su proyecto como un sueño.

Sentían la probabilidad de la empresa; pero desconfiaban que la realizase nunca.

Fray Fernando de Talavera, más preocupado de los negocios públicos que de las decisiones del consejo, cuya presidencia ejercía, hizo causa común con los incrédulos, y después de tantos afanes, de tantas luchas, de tantas esperanzas, de tantos desengaños, Colón tuvo que aguardar todavía mucho tiempo antes que pronunciase su fallo la docta asamblea.

La desgracia volvía de nuevo á aprisionarle en sus brazos.

Todavía le quedaba un amigo. Este amigo era el dominico Diego de Deza.